

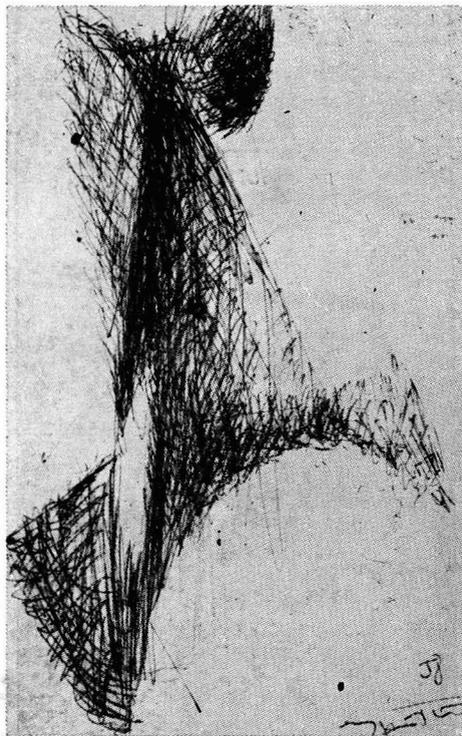
El desdén por el romanticismo, manifiesto en las décadas finales del siglo XIX, indujo a los escritores de Hispanoamérica a considerar la literatura como un valor supremo que requería la búsqueda de otras maneras expresivas, muchas de ellas fincadas en los aciertos tradicionales. Esta renovación, que los historiadores llaman modernismo, fue una tónica literaria, no una temática pues "con la misma voluntad de formas nuevas —sostiene Anderson Imbert— los modernistas hicieron también literatura naturalista, filosófica, política y americanista". Las escuelas francesas en boga por aquellos años, parnasianismo y simbolismo, comunicaron a estos hombres su anhelo de perfección formal, y todo un mundo que los hispanoamericanos recrearon con un acento peculiar.

La poesía —y ésta es una razón tan divulgada como las anteriores— fue el campo en que dio mayores frutos la obra de nuestros modernistas. No obstante, todos o casi todos dejaron textos narrativos. Los ochenta y siete cuentos de Manuel Gutiérrez Nájera (reunidos en 1958 por E. K. Mapes) obligan, según Ernesto Mejía Sánchez, a reconocerlo como el narrador más fructífero del primer modernismo. "Darío es quien le sigue más de cerca; dejó unas ochenta narraciones, pero contó con quince años más de vida para alcanzar esa suma. Tanto Gutiérrez Nájera como Darío fracasaron en sus tres intentos de novela. Les sigue Martí, realizador de una, que no se atrevió a firmar con su nombre, *Amistad funesta*, y de tres cuentos para niños, lectores de *La edad de oro*. Julián del Casal dispersó sus ocho cuentos en *La Habana Elegante* y *El Figaro*. José Asunción Silva perdió los *Seis cuentos negros* y su novela *De sobremesa*, rehecha después con diversa forma, en el naufragio del *Amérique*. Los modernistas posteriores, Gómez Carrillo, Nervo, Díaz Rodríguez, Lugones, Reyles, Blanco Fombona, Larreta, más empeñosos y afortunados, lograron, a veces, la novela, y con frecuente felicidad, el cuento".

Fernando Alegría halla la particularidad de la novela modernista en su notoria indecisión. El lirismo convive con los recursos propios de los naturalistas y a la herencia realista juntan otros caminos inspirados en Gautier, Mendès, Leconte de Lisle, Banville, Wilde, D'Annunzio, Poe. Exotistas, preciosistas, alegóricos en una novela, los hispanoamericanos serán realistas, sociales y revolucionarios en otras. Así se explican: *Sangre patricia*, del venezolano Manuel Díaz Rodríguez; *El embrujo de Sevilla*, del uruguayo Carlos Reyles; *El hombre que parecía un caballo*, del guatemalteco Rafael Arévalo Martínez; *Vida, pasión y muerte del cura Deusto*, del chileno Augusto D'Halmar; *Sub-terra* y *Sub-sole*, series de cuentos que escribió otro chileno, Baldomero Lillo; y de manera especial, *La gloria de don Ramiro* y *Zogoibi* de Enrique Larreta, el prosista argentino (sobreviviente de esa transición) que acaba de morir en Buenos Aires.

Nacido en 1873, Larreta murió casi al mismo tiempo que Hemingway, Louis Ferdinand Céline (execrable autor de una gran novela, *Viaje al fondo de la noche*) y el ensayista cubano Jorge Mañach. La prensa mexicana no tuvo espacio para advertir su muerte y sólo nos enteramos de su tránsito gracias a los apuntes necrológicos, en los que a su pesar, ya se ha especializado esta sección.

Más allá de la significación de sus escritos, Larreta constituye un claro ejemplo de lo que ocurre con buena parte de nuestros escritores. A los 35 años publica su obra maestra y sin proponérselo inicia su declinación: todo lo que va haciendo en adelante estará por debajo de ese gran libro de juventud que consagró un lenguaje primero celebrado con exceso y después condenado injustamente. (Salvador Novo, en *Continente vacío*,



1935, cuenta que leyó en Argentina una revista dedicada en su totalidad a injuriar a Larreta. En esa revisión polémica intervenían casi todos los escritores jóvenes del país.)

Las reflexiones son bastante obvias: ¿el éxito, el temprano prestigio, vulneran el total cumplimiento de una vocación? ¿Por qué, andando el tiempo, las virtudes son execradas como defectos en la constante pugna de las generaciones?

Larreta es autor de dos libros importantes, y en el catálogo de Austral leo estos títulos que comprenden novelas, versos, teatro, fragmentos de memorias: *Santa María del Buen Aire*, *Tiempos iluminados*, *La calle de la vida* y *de la muerte*, *Tenia que suceder*, *Las*

*dos fundaciones de Buenos Aires*, *El linchera*, *Pasión de Roma*, *La que buscaba Don Juan*, *Artemis*, *Jerónimo y su almohada*, *Notas diversas*, *La naranja* y *Tres films*. Anderson Imbert cita algunas más, editadas durante la senectud: *Gerardo o la torre de las damas*, *En la pampa*, *El Gerardo*, que aparecieron de 1953 a 1956.

A principios de siglo el joven Larreta (que había publicado una *nouvelle* de ambiente helénico y numerosos artículos en *La Nación*) fue a España para reunir los materiales de un libro acerca de Santa Rosa de Lima. Varió de propósitos y con esa enorme documentación alrededor del tiempo de Felipe II escribió durante cinco años una novela que refleja la descomposición de una sociedad, con el mismo vigor y la belleza de la *España invertebrada* de José Ortega y Gasset.

*La gloria de don Ramiro* es reconstrucción, minucia, riqueza evocativa, acierto psicológico, pero sobre todo es el libro de un admirable estilista, de un renovador que llega cuando Lugones acaba de publicar dos volúmenes de cuentos: *La guerra gaucha* (1905), *Las fuerzas extrañas* (1906). La prosa de Lugones anuncia la de Borges; Larreta, suponen varios críticos, anticipa la prosa de otro gran escritor, de Alejo Carpentier.

La trama de este libro debe bastante al folletín y es en momentos bizantina. Pero se salva por un estilo que logra conferir belleza trágica a situaciones lindantes con el melodrama. Ramiro es hijo de un morisco que por venganza sedujo a una mujer de la nobleza de Ávila. En la adolescencia pugna por elegir entre las armas y la religión. Se enamora de una joven, Aixa, que pertenece al linaje enemigo. La traiciona, la ve morir en las hogueras de la Inquisición. Busca la gloria y la fortuna para conquistar a una noble, Beatriz. Desdeñado, la viola, y mata en duelo a su rival. En una ermita se encuentra con su padre, que, en otro tiempo, sin revelar su identidad, le ha salvado la vida. Al conocer el secreto de su nacimiento, el origen de todo lo sufrido, Ramiro viene a América. En Perú se convierte en asaltante de indios. Más tarde se arrepiente, se despoja de todo, trabaja en una mina y contrae una fiebre que lo mata. A la postre, la gloria de don Ramiro es sólo una flor que Santa Rosa deja caer sobre su cadáver, tendido en una solitaria iglesia de Lima.

Larreta no volvió a tener suerte. *Zogoibi* (1926) coincidió con *Don Segundo Sombra*. Después supo de la incompreensión y de algo peor, el olvido. Siguió escribiendo indiferente a los cambios que se operaban en la literatura, aferrado a las ideas estéticas de un movimiento que acabó cuarenta y cinco años antes que él.

Como el latino, como Gutiérrez Nájera, Enrique Larreta no morirá del todo. *La gloria de don Ramiro* es, acaso, el mejor libro que dio la prosa modernista y una de las creaciones más notables que se han escrito en lengua castellana.